

nalistas, haremos un breve estudio sobre la autenticidad del Evangelio, su conservación íntegra y su veracidad.

#### AUTENTICIDAD DE LOS EVANGELIOS.

En el lenguaje jurídico, se llama auténtico todo escrito ó documento que tiene eficacia completa para probar en juicio un hecho.

Así, cuando quiere justificarse, por ejemplo, que ha existido un contrato de préstamo, este hecho quedará plenamente justificado, si se presenta una escritura pública otorgada ante un Notario y con todas las condiciones que la ley requiere.

Y esa escritura prueba plenamente, porque un hombre revestido de pública fe, testifica, que ante él declaró una persona haber recibido de otra, en calidad de préstamo, una suma de dinero.

Es decir, el documento prueba plenamente, porque el testimonio del Notario hace conocer de un modo indudable la confesión del deudor, el hecho de que ha brotado de sus labios la afirmación de haber recibido de otro una suma.

En sentido análogo, se dice que un libro es auténtico cuando merece plena fe, por ser verdaderamente obra del autor cuyo nombre lleva al frente, ó del tiempo y país á que se le atribuye cuando es anónimo.

Es decir, un libro es auténtico por ser genuino y por ser veraz en lo que refiere, y por conservarse íntegro ó no adulterado ni corrompido en cosa sustancial desde que fué escrito, hasta la fecha en que pasa por nuestra vista.

Así, pues, en el concepto de autenticidad entran estos tres elementos: genuinidad, veracidad, integridad substancial.

Los Evangelios son genuinos, son obra de los autores á quienes se atribuyen: esta es la primera condición que exige la autenticidad de un libro.

Véamos si hay pruebas eficaces para demostrar que los Evangelios, que la Iglesia católica ha considerado siempre como su tesoro más precioso, como el punto central de su historia religiosa, como la flor divina en que se concentra la savia tradicional de las Santas Escrituras, son de los autores á quienes se atribuyen.

Es decir, véamos si los Evangelios son hijos



de los autores á quienes se atribuyen, y los llamamos *hijos*, porque los libros lo son, con toda propiedad, de la humana inteligencia.

La filiación de los hijos legítimos, dicen nuestros Códigos (los Códigos del mundo moderno), se prueba por el acta de nacimiento inscrita en el Registro del Estado Civil.

A falta de este título, la posesión constante del estado de hijo legítimo basta para probar la filiación.

La posesión de estado, dicen las mismas leyes civiles, se establece por una relación suficiente de hechos que indiquen indudablemente la relación de filiación y de paternidad entre un individuo y la familia á que pretende pertenecer.

De estos hechos, los principales son: que el individuo haya llevado siempre el nombre de la persona á quien reputa su padre, que el padre lo haya tratado siempre como á su hijo y que en esta cualidad haya provisto á su educación, á sus alimentos y á su establecimiento y que haya sido reconocido constantemente como hijo en la sociedad y en la familia.

Esto que la legislación establece, respecto de la filiación de los hijos legítimos, puede aplicarse á

los libros que, como antes se dijo, son los hijos del entendimiento.

“No hay para ellos, dice el Padre Monsabré, inscripción sobre los Registros del Estado Civil; pero puede haber posesión de estado establecida por un conjunto de hechos de donde resulte la notoriedad de su origen legítimo.”

Esto pasa con los Evangelios.

Ellos han llevado siempre el nombre de sus padres; han sido tratados siempre como hijos legítimos por los Apóstoles que han provisto á su conservación y á su establecimiento; han sido constantemente reconocidos como tales en la sociedad y lo han sido también por toda una familia de escritores en todos los tiempos.

Todos estos hechos, que acreditan cumplidamente el origen legítimo de los Evangelios, están probados por la tradición.

“La incredulidad contemporánea, agrega el Padre Monsabré, nos concede al menos dieciseis siglos de error tranquilo, durante los cuales han sido considerados los Evangelios universalmente como libros apostólicos.”

“Esto es algo, y aun pudiera decirse, continúa diciendo el sabio Domínico, que esto es una con-



cesión considerable, porque supone, contra toda probabilidad, que durante dieciseis siglos no se ha encontrado un hombre demasiado inteligente para remontarse al origen de los más importantes escritos que posee el mundo y para descubrir su vicio; que Porfirio y Juliano han aceptado sin examen un error que habría hecho la fortuna de sus disertaciones anticristianas; que San Basilio, San Gregorio, San Jerónimo, San Ambrosio, San Agustín y San Crisóstomo han comentado, al acaso, las narraciones fraudulentas de un desconocido.

Pero nuestros sabios modernos no se detienen ante ningún absurdo, cuando se trata de despreciar á la antigüedad -sagrada en provecho de sus enseñanzas.

“Aceptemos de buena voluntad, si es posible, añade el Padre Monsabré, el honor que hacen á nuestros padres en la fe, y trasladémonos á los siglos primitivos del cristianismo: ahí es donde está el punto de la dificultad.”

En la segunda mitad del segundo siglo de la Era Cristiana los Evangelios están en posesión de estado; llevan públicamente el nombre de sus

autores, y la sociedad los reconoce como hijos legítimos de los Apóstoles.

Los paganos, los herejes, los católicos, todos suponen ó afirman la indiscutible notoriedad de su filiación.

Celso tiene la pretensión de reducir á polvo al cristianismo bajo el martillo de su dialéctica, colma de desprecio á los seguidores del Galileo, ataca la doctrina de Cristo, sospecha de su moralidad, se burla en presencia de su suplicio, insulta su muerte y hace notar minuciosamente los detalles de su resurrección.

Al obrar así, se advierte desde luego que sigue pasó á paso una historia que se había hecho popular.

Y no sólo lo persuade así la inducción; él mismo afirma que todo lo que dice, lo ha tomado en nuestras mismas Escrituras; al terminar su fastidiosa discusión exclama: “Es, pues, verdadero que vosotros os degolláis con vuestras propias manos.”

Aunque no cita nombres propios, es imposible desconocer las fuentes á donde ha ocurrido, porque los textos que alega, dice Orígenes, son los



mismos que leemos hoy en el Cónon de los Evangelios.

Ebión, salido del judaismo, se apropia el Evangelio de San Mateo; Marción, enemigo del Dios del Antiguo Testamento, el Evangelio de San Lucas; Valentin, perdido en los sueños de gnosticismo, el de San Juan; Taciano, apóstata de la verdadera fe, cría una combinación que llama él mismo, *la relación de los cuatro*.

Todos corrompen las narraciones de los Apóstoles, en provecho de sus principios, pero ninguno niega su origen: al contrario, reprochando á los discípulos de Jesús sus errores de doctrina, reivindican el auténtico testimonio de los evangelios en cuanto á los acontecimientos

Audaces y maliciosos, no pueden, sin embargo, corromper de tal modo los libros originales que no se reconozca en ellos la huella de las Escrituras originales.

Marción, exclama Tertuliano, tú lo has hecho bien: el Cristo de tu evangelio es también mi Jesús; "*Cristus enim Jesus in evangelio tuo, meus est.*"

He aquí el testimonio de los escritores paganos y de los herejes de los primeros siglos; ese tes-

timonio nos revela que los Evangelios, en esa época lejana, estaban ya en posesión de estado de su filiación legítima.

Los paganos y los herejes, lejos de disputar el origen apostólico de los evangelios, lo suponen, lo admiten y se apropian la autoridad de ese testimonio.

Orígenes, ese infatigable trabajador, cuyas obras, si las poseyéramos, formarían una biblioteca, presentó á mediados del siglo III una tabla comparada de los manuscritos evangélicos y en su comentario á San Mateo se expresa así:

"No hay más que cuatro Evangelios admitidos por la Iglesia que está bajo el cielo; *quæ sola in universa Eclasia quæ sub celo est citra controversiam admittuntur.*"

Antes que él, habían consagrado estas conclusiones, por medio de solemnes confesiones, San Clemente de Alejandría, Tertuliano y San Ireneo.

"He aquí el orden de los Evangelios, dice el primero, desde luego los que contienen la genealogía del Salvador—es decir, el de San Mateo y el



de San Lucas;—después el Evangelio de San Marcos, escrito bajo el dictado de Pedro; en fin, el de San Juan, redactado á súplicas de sus amigos.”

El doctor africano no es menos expreso: “Lo que es verdad, decía á sus enemigos, es lo que fué antes de vosotros; lo que fué antes de vosotros es lo que fué desde el principio; lo que fué desde el principio es lo que fué desde los Apóstoles; *Id verius quod prius, id prius quod ab initio, id ab initio quod ab Apostolis.*”

“Y lo que fué desde los Apóstoles, agrega, fué, con las cartas de San Pablo, el Evangelio de San Mateo, de San Marcos, de San Lucas y de San Juan. En muchos lugares, repite Tertuliano, estos nombres sagrados como un eco lejano de las Iglesias primitivas.”

San Ireneo había recibido de los labios de San Policarpo, su maestro, las enseñanzas del amado discípulo.

En los términos más claros y formales indica el orden de los Evangelios, sus circunstancias y su origen.

“San Mateo, dice, ha escrito su Evangelio en el lenguaje de los Hebreos, en la época en que los

Apóstoles Pedro y Pablo fundaban la Iglesia de Roma. Después de su muerte, Marcos, discípulo é intérprete de Pedro, nos dió por escrito las enseñanzas de su maestro. Lucas ha consignado en un libro el Evangelio que predicó el Apóstol San Pablo, de quien fué compañero. Después de éste, Juan, discípulo del Señor, el que había descansado en otro tiempo en su corazón, dió á luz su Evangelio, cuando moraba en Efeso.”

“He aquí, dice en otro capítulo de sus obras, los cuatro climas del mundo, los cuatro puntos cardinales de la fe, las cuatro cabezas de querubines que sostienen el arca de Dios, la Santa Iglesia de Jesucristo.”

Un monumento notable, descubierto en nuestros días por un sabio italiano, renombrado por su vasta y sólida instrucción, Muratori, bibliotecario de la biblioteca Ambrosiana de Milán, confirma los testimonios que acabamos de citar.

“Este un manuscrito, cuyo texto latino, dice el P. Monsabré, mal copiado por la edad media, data, si se da crédito á los más hábiles cartógrafos, de la segunda mitad del siglo II. El cánón de los libros del Nuevo Testamento, está fijado allí casi en el mismo orden y en los mismos números que



nuestro cánón actual, formado por el Concilio de Trento; y, aunque los textos relativos á San Mateo y á San Marcos han desaparecido del manuscrito, no puede dudarse de su anterior existencia, porque él asigna el tercero y cuarto lugar á San Lucas y á San Juan."

Estas confesiones se remontan, como acaba de decirse, á la segunda mitad del siglo II, nos hacen tocar casi á los tiempos apostólicos y proclaman el origen de los Evangelios que el mundo cristiano venera.

Pero podemos avanzar más.

San Justino, en sus escritos, hace diez y ocho veces mención de los Evangelios, á los que él llama Escrituras, Memorias y Comentarios de los Apóstoles.

En sus demostraciones y exposiciones ha mezclado textos manifiestamente tomados de las narraciones apostólicas.

Las mismas citas se encuentran en la Epístola de San Policarpo, de San Ignacio, de San Clemente, de San Bernabé y en muchas obras que la crítica de los autores atribuye al período apostólico.

Berget, apologista del último siglo, se expresa de

este modo: "Los Evangelios son materia de un gran número de escritos. Los Hechos de los Apóstoles, las Epístolas de San Pablo, las de San Pedro y las de San Juan, repiten, confirman y suponen los mismos hechos que los Evangelios. Todos estos monumentos forman una cadena de testimonios en que se apoya la historia, que jamás se desmienten."

Puede, en consecuencia, afirmarse que desde los primeros años de la Era Cristiana los Evangelios han sido considerados como un fondo común, á donde la apologética y la predicación han ido á buscar un argumento irresistible: el argumento de la autoridad.

Se objeta que las citas de los Padres apostólicos no son exactas, que nunca hacen conocer los nombres de los autores.

"Nada de serio tienen estas dificultades, dice el P. Monsabré, si se recuerda que los Padres citaban las más veces de memoria; que fundían, como se practica hoy, los textos en sus propios discursos; que las falsificaciones del error no les obligaban todavía, á rectificaciones precisas y cuidadosamente anotadas y á que su principal mane-



ra de hablar en sus discursos era haciendo alusiones.”

La alusión no es posible, sino en un medio en que generalmente se conocen las palabras y los hechos que forman su objeto: y tal era la primitiva Iglesia.

“Un hombre desconocido, continúa diciendo el P. Monsabré, aparece repentinamente en una ciudad. Su túnica desgarrada, sus piés desnudos y polvosos, su barba inculta, su rostro pálido y fatigado, pero más aún el brillo de su mirada, las vibraciones de su voz y los extraños discursos que de sus labios brotaban, atraían la atención de la muchedumbre, ávida siempre de cosas nuevas.”

“Estaba de pie, en medio de la plaza pública, como una estatua llena de oráculos, ó como un semidios caído del Olimpo. Contaba, durante días enteros y hasta en mitad de la noche, la historia tierna, dolorosa, admirable de un hombre á quien llamaba su maestro, su salvador y su Dios.”

“Hacía llover de sus manos benditas mil prodigios bienhechores. Las almas se inclinaban ante tal poder; los corazones se fundían al relato de amor tan grande; los espíritus abrían sus puer-

tas al río de la redención. Una sociedad nueva nacía en el seno de aquella á la que el error y el abuso habían corrompido. Después, el Apóstol extendía los brazos, besaba al más anciano y al más santo de sus nuevos hijos y dejaba caer de sus ojos, más bien que de sus labios, el adios, el triste adios que separa á los que se aman aquí abajo. Pero entonces mil voces suplicantes se elevan hacia él y le piden un recuerdo permanente de la buena nueva que les había anunciado. De aquí los Evangelios, que se comunicaban de una Iglesia á otra y que se leían todos los domingos en las Asambleas públicas, como nos lo enseña San Justino.”

“Con piadosa avidez era escuchado, y sus máximas, sus preceptos, sus consejos y sus narraciones, entraban profundamente en la memoria de los cristianos.”

“Un texto acortado, una palabra al pasar, una simple alusión, bastaban para despertar todo un mundo de enternecedores recuerdos.”

“Las palabras del Apóstol vibraban todavía, y las líneas inmortales que había escrito, pasaban vivas ante los espíritus de aquellos á quienes se dirigía el nuevo predicador de la vida eterna.”



“¿Para qué, entonces, pregunta el P. Monsabré, sirven las citas amoldadas en el original, los nombres de los autores y todas esas minuciosas precauciones que tomamos hoy, para un público indolente y preocupado, que tal vez nunca ha aprendido de memoria una página de las Santas Escrituras?”

Los escritores sagrados y los Padres apostólicos, hacían lo que se hace hoy cuando se recuerda una frase ó una enseñanza, utilizando las palabras de un autor ó de un personaje conocido.

Cuando se quiere hacer conocer el abuso del despotismo, se recuerda aquella frase: *El Estado, soy yo*. Cuando se quería ensalzar en Francia la grandeza de un imperio, se decía: *El Imperio es la paz*. Cuando entre nosotros se quieren ponderar las ventajas de un carácter enérgico, se recuerdan las palabras: *¡Ahora, ó nunca*. Cuando se quiere glorificar en nuestras escuelas liberales al hombre que encarnó sus ideas en la gobernación de la cosa pública, se traen á la memoria estas palabras: *El respeto al derecho ajeno, es la paz*.

Basta enunciar esta ú otras fórmulas, para que los espíritus que las recogen sepan quiénes las pronunciaron; el orador no necesita decirlo: la

alusión basta, porque las palabras que forman su objeto, son conocidas en el medio en que se vierten.

No hay, pues, que desconocer la eficacia del testimonio apostólico, sólo porque no se hacen las citas precisas y se omiten los nombres de los autores.

Ya se ve cómo los paganos y los herejes de los primeros tiempos, y cómo los escritores católicos, los Padres de la Iglesia, desde el segundo siglo de la Era Cristiana, reconocían el origen apostólico de los Evangelios y lo afirmaban, no como una cosa conocida sólo de los sabios, sino como una cosa aceptada por la sociedad entera. Es imposible, al sentido común, concebir que los Evangelios hayan podido pasar, sin que nadie se apercibiera de ello, de un origen bastardo á una posesión de estado tan clara, en el brevísimo espacio de tiempo que media entre el testimonio de San Ireneo y el de San Juan, su padre en la fe.

¿Y los ojos de la crítica moderna, son tan penetrantes, que hayan visto lo que no vió la sociedad que vivía cerca de los orígenes del cristianismo?



¿No habrían podido los paganos despreciar libros de un nacimiento problemático?

¿No habrían podido las Iglesias apostólicas, haber dicho: hemos oído la palabra bendita de Mateo, Marcos, Lucas y Juan; pero jamás hemos visto sus Evangelios?

Y sin embargo, no ha sido así.

El paganismo y la herejía y los ortodoxos, proclaman el limpio origen de los Evangelios.

Jerusalén, Antioquía, Alejandría, Roma, Corinto, Efeso, Filipos, Tesalonia, El Asia, Africa y la Europa, unánimemente, proclaman su filiación apostólica.

---

Los evangelios han llevado siempre los nombres de los padres á quienes pretenden pertenecer. Los Apóstoles los han tratado siempre como á hijos legítimos y han provisto en esta cualidad á su establecimiento.

Han sido reconocidos como tales por la sociedad y por toda una familia de escritos que han brotado del mismo espíritu que á los Evangelios anima.

Hay, por lo mismo, para ellos, la posesión constante del estado de hijos legítimos.

Son, pues, auténticos.

A esta conclusión llegamos en nuestro precedente artículo.

Aquí podíamos detenernos; pero como, en una cuestión de tal magnitud, la abundancia de pruebas no sería inútil, vamos á confirmar lo que hasta aquí dejamos dicho, por la comparación de los textos.

Un crítico contemporáneo, Wallon, en su obra intitulada: «La Creencia en el Evangelio,» establece su autenticidad y su orden de origen, por medio de un razonamiento que, á nuestro juicio, es victorioso.

De todos los libros del Testamento Nuevo, dice el afamado escritor, las Epístolas de San Pablo son sin duda, las que menos se combaten.

Nada más preciso, en efecto, que los infinitos detalles que ellas encierran: los tiempos del gran Apóstol allí tienen vida, se ve como se agita en derredor de él la sociedad contemporánea, con sus costumbres, sus usos, sus luces, sus errores y sus vicios. San Pablo mismo aparece en ellas en todo el esplendor de su espíritu, en toda la indomable fiereza de su carácter, en toda la fuerza y ardor de su celo, en toda la perseverancia de sus desig-